

Eduardo Lalo

# LOS PAÍSES INVISIBLES

---



fórcola

## LOS PAÍSES INVISIBLES

Eduardo Lalo

# LOS PAÍSES INVISIBLES

fórcola  
Periplos

## Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Imagen de cubierta:

Detalle de una calle en Puerto Rico, El Viejo San Juan. Pixabay.

© Eduardo Lalo, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

ISBN: 978-84-17425-06-7

*A mi madre*  
*Al país invisible*

*Mi reino es el exilio.*  
Imre Kertész, *Diario de la galera*

*Londres, 27 de julio de 2005*

El mundo ya no es el mismo porque ya no es diferente. Cuando estuve aquí por primera vez, hace quince años, la calle Oxford no recordaba a un centro comercial de una ciudad insignificante como San Juan, con las mismas cadenas de tiendas, los mismos zapatos en las vitrinas, con idénticos restaurantes de comida rápida y tiendas de discos.

Los muchachos andaluces, italianos o polacos que se ven por las calles, llevan camisetas con textos en inglés (diseñadas en California, Roma o París, y no es casual esta mezcla de una región con capitales, pues estos ámbitos de menor extensión territorial, comienzan a importar más que las naciones), cuyos significados muy coloquiales probablemente desconocen o malinterpretan. Las han comprado en Londres o, quién sabe en qué lugar, pero sin duda han sido fabricadas en algún taller miserable de China o Pakistán. Toda tela comienza a producir la misma, única sensación en la piel y los dedos.

Viajo, por primera vez en muchos años, para comprobar que casi todo queda ya en mi ciudad; que *casi todo* (que cada vez es menos: menos objetos, palabras, conceptos) queda en cualquier sitio. El viaje comienza a ser imposible. Lo visible —que es lo que ha sido globalizado— crea un suburbio de dimensiones planetarias. El gueto y la urbanización universales han impuesto su moda, su *trend* efímero y banalmente catastrófico. El contenido del mundo, la posibilidad de ver *algo*, queda rezagada. Acaso sólo quede ver a los países invisibles. Es posible que en ellos se pueda encontrar una de las pocas vías a una frontera. O, tristemente, ya no quede nada, sino la copia ruin del original arruinado.

Es la primera vez que viajo tan lejos desde que tengo internet. Antes aprovechaba cada oportunidad, cada salida al extranjero para comprar libros con la consciencia de que disponía de muy pocas horas en las ciudades en que la oferta era enorme. Ahora no es igual. Mucho de lo que veo y me interesa ya lo conozco o lo poseo. Si encontrara algo que llamara mi atención, quizá sólo tendría que desplazarme mínimamente en mi ciudad o acceder a un portal de internet para adquirirlo. Sin embargo, la situación no posee simetría, pues se podría decir que no hay absolutamente nada de mi mundo aquí.

Descubro dos indicios. En la biblioteca del Museo Británico, con sus largas paredes cubiertas por estanterías con puertas de cristal, repletas de volúmenes antiguos y objetos de arte, con un claro sabor «antropológico», hay un extraordinario *dujo* taíno. La silla del cacique proviene de Jamaica, pero parece idéntica a las excavadas en República Dominicana o Puerto Rico. La bella curva de la madera, que forma el asiento y el breve respaldar, tiene en su extremo superior un diseño con tres círculos tallados y, en el otro extremo, la cabeza antropomorfa está rematada, y esto la hace una pieza fuera de lo común, con láminas de oro a la altura de los hombros y en los ojos. Debió de ser uno de los pocos objetos áureos que sobrevivió a la codicia de los primeros conquistadores. El *dujo* comparte la vitrina con vasijas de barro de Centro América y bellas macanas de madera, parecidas a las usadas por los taínos, provenientes de islas del Pacífico dejadas sin nombrar. La silla del cacique está mínimamente identificada y sólo se dice que fue hallada en una isla del Caribe y que fue hecha por el pueblo que poblaba las Antillas Mayores al momento de la llegada de Colón. Aparentemente se estima innecesaria una identificación rigurosa. La historia de esos pueblos que vivieron en el Caribe por milenios, es aquí una especie de residuo mínimo. Apenas cuentan las palabras, que aquí se asemejan tremendamente al silencio. Los taínos quedan aquí innombrados, confundidos con pueblos dejados también sin identificar, que poblaron las antípodas del planeta. Con éstos comparten, supuestamente, un estado de «desarrollo» determinado por la ciencia antropológica, que ha creado este museo y que queda también sin mencionar y, por esto mismo, se comunica la noción de su intrascendencia. Quizá la única palabra clave, universalmente comprendida en el breve texto de la etiqueta, sea «Colón» y la certeza absoluta del exterminio de estos pueblos, que de tan evidente, no hace falta recordar. Todo, la etiqueta, la ubicación en la vitrina, la pobre iluminación, es casi una llamada a la *falta* de atención.

Cerca de Picadilly Circus hay un comercio que ofrece cambio de moneda y tarjetas para hacer llamadas telefónicas. Afuera, junto a su puerta, una larga fila de banderas se destaca en su umbral. Allí, para mi sorpresa, pues la invisibilidad de Puerto Rico está causada también por su inexistencia legal, ondea la bandera del país al que pertenezco, por el cual me distingo del resto de los habitantes del mundo. Parecería que la contundencia de la realidad (invisible o no) se cuele por las rendijas; que a pesar de todo lo que contribuye a nuestra no-percepción, la fuerza de la vida no puede, del todo, ser aplacada.

«Los sumerios llamaron a aquellos que catalogaban las bibliotecas "ordenadores del universo"» (Steven Roger Fischer, *A History of Reading*).

El que ordena, por tanto, contribuye a «inventar» la «verdad», es decir, la realidad oficializada. La escritura, el ordenamiento que ella produce, es una marca indeleble. La palabra, que en su dimensión oral, tiene características que la convierten prácticamente en la definición misma de lo efímero, adquiere al *bibliotecarse*, el peso de una maldición. En este sentido, todo texto posee la crueldad del mal-decir, de la palabra que ya no se lleva el viento.

Steven Roger Fischer escribe:

«Las tabletas “hablaban” por los que eran poseedores de los sellos que aparecían impresos en ellas. Los jueces de Babilonia, por ejemplo, decían que el contenido de una tableta era su “boca” y, en consonancia, podían públicamente afirmar que habían “escuchado” a la tableta de un modo similar a lo que ocurre hoy con las declaraciones juradas. No había controversia o contra interrogatorio; el negar lo que decía el sello era motivo de severos castigos. La voz escrita equivalía a la voz.»

Leo un texto de Ray Monk, el biógrafo de Wittgenstein: «Desde 1929 y hasta su muerte en 1951, Wittgenstein fraguó una manera de hacer filosofía que no tenía precedentes en la historia de la disciplina. Era una manera de acercarse a la filosofía que procuraba mantenerse fiel a la intuición que había tenido en el *Tractatus* de que la filosofía *no podía* ser una Ciencia o algo que se asemejara a una ciencia. No es un cuerpo de doctrina sino una actividad, la actividad de aclarar las confusiones causadas por los embrujamientos causados por la lengua.»

¿No será la condición de invisibilidad el «embrujamiento» («bewitchement») del lenguaje, es decir, el efecto de sus grandes discursos: histórico, literario, político en los pueblos que *han sido escritos* por Otros? ¿No constituirá nuestra tarea la de *exorcizar* la condición que hace que, lo que esté frente a ciertos ojos, se convierta en una estructura opaca que borra sus contornos y, que aún así, paradójicamente, da un mensaje que se pone en papel, con la actitud esencialista del escriba, y que dice en un diálogo de sordos: «Esto que no ves basta y sobra para no ver más» y «Esto que no te ve y ves es el mundo, no hace falta añadirle nada a lo que ya te incluye como un olvido»?

«Desde sus inicios la escritura en Egipto sirvió dos propósitos: la administración y la monumentalidad» (Steven Roger Fischer, pág. 32).

Reflexiono sobre la duración del tiempo en el viaje. Apenas llevo tres días en Londres y parece mucho más, como si en un corto lapso de tiempo hubiera agotado el espacio de la ciudad. Lo mismo ocurre con las dimensiones temporales más pequeñas. Los minutos parecen interminables, extensamente aprovechables. Un cuarto de hora de espera adquiere la seriedad de un día perdido. Apenas duermo cinco horas,

como si me dedicara al empleo máximo de la luz del sol. Lo que hice hace una hora parece haber acontecido ayer.

Fui hasta el Highgate Cemetery donde está la tumba de Carlos Marx. Mi propósito al ir allí nada tenía que ver con ella. Llevo meses fotografiando cementerios en Puerto Rico y resulta lógico que el interés se extienda a Europa. Ayer lo hice en un viejo cementerio de Cambridge y encuentro obvias diferencias e impactantes paralelos formales en las maneras en que el olvido (y la vegetación) crecen sobre los muertos.

A poco de entrar, mientras cerraba el diafragma frente a una tumba, me interrumpieron dos japoneses a preguntarme si la persona era famosa. Les expliqué que no lo sabía (tampoco me interesaba averiguarlo), y que tomaba la foto motivado por otras razones. Los volví a encontrar a unas decenas de metros, junto a un grupo de amigos, tomándose fotos en poses ridículas, frente a lo que no podía ser otra cosa que la tumba de Marx. Pasé de largo, esquivando a los fotógrafos de pequeñas cámaras digitales, preguntándome por qué la tumba del padre del socialismo científico les producía una hilaridad aparentemente tan poco oriental. Después volvería, cuando el monumento estuviera vacío.

Recorrí el cementerio inolvidable. Alrededor de mí yacían tumbas cavadas en torno a 1850. El tiempo y la vegetación extraordinariamente tupida, les concedía la belleza libre de lo abandonado. Las raíces de los árboles, que crecieron alrededor de las lápidas por bastante más de un siglo, las sacaban de la perfección horizontal con la que fueron creadas, y ahora se proyectaban al cielo en una multitud de ángulos. Me adentré por estrechos y casi imperceptibles senderos descubriendo entre las enredaderas verdaderos bosques de lajas de mármol. Era un lugar para una emoción intensa y pacífica, como sólo puede crear el olvido de los hombres. Por ello es por lo que ciertas ruinas son bellas, porque han sido desmemoriadas, nadie tiene que ver con ellas, nadie las hace demasiado humanas.

Una hora más tarde, regresé a la tumba de Marx. Una enorme y grotesca cabeza de bronce, sin cuello, corona el monumento como un tomate clavado en un lápiz. Era la única de este tipo que había visto en todo mi recorrido. Alguien había dejado en su base un ramo de flores con el precio y el código de barras plenamente visibles. La ironía de la imagen, era tan cruda, que no mereció ni siquiera una foto.

Era evidente que la tumba de Marx había sido diseñada para que la naturaleza no la invadiera. Era un *memorial*, un lugar para la extensión indefinida del recuerdo. Resultaba, por esto mismo, poderosamente horrible. No hay nada menos presentable que esta fe en la inmortalidad, que esta eternización de los efímeros intentos humanos. La obra

del filósofo ha sido dañada (acaso para siempre) por los que pretendieron transformar la realidad con ella, por todos sus *Lenins*.

En el Highgate Cemetery la belleza abundaba, excepto en la tumba de Carlos Marx.

*Venecia, 2 de julio*

Imagino que alguna vez esta ciudad tuvo vida propia, algo que la distinguía y hacía posible la belleza. Hoy Venecia es de los turistas y los venecianos han perdido su ciudad por haberla entregado a aquel que viene, toma fotos, compra máscaras de carnaval o cristal de Murano, come pasta y se va convencido de que ha visitado la ciudad más romántica que haya conocido, porque esto es lo que se supone que siente, sienta y diga obligado como está a ser feliz aquí. Venecia ha muerto, como tantas ciudades, pueblos e incluso montañas, ríos, mares y otras topografías célebres, al hacerse hipervisible. Hay tantos ojos en la ciudad, que la mirada se hace imposible. Tantos ojos buscando el documento fotográfico que pruebe que alguna vez en sus vidas estuvieron en los clisés visuales de una supuesta vía regia por la civilización de Occidente. La visibilidad extrema y cegadora permite el no-pensamiento. Lo que importa es estar aquí, en el artículo genuino que se ha convertido en copia de sí mismo, en parodia sin ironía, en fealdad. La belleza no es solamente una construcción formal, sino que además es una emoción; emoción que surge por el encuentro de la mirada con el mundo (es así por lo que la belleza puede encontrarse en cualquier parte, incluso en las personas o los lugares menos agraciados). Venecia se ha convertido en una tautología, en una monumental construcción que certifica, más allá de toda duda, que las imágenes de la ciudad que se han esparcido por el mundo no son virtuales, sino que poseen la autenticidad del original convertido en copia de su copia.

Hace unos años tuvieron cierta notoriedad los análisis de los fenómenos de Disney World o de los casinos de Las Vegas, adonde acuden gentes de los más diversos países a ver, entre otras cosas, visiones idílicas e higienizadas de los lugares canonizados del mundo. Los sarcasmos teóricos que le eran dirigidos a estos complejos turísticos eran fáciles y hasta cierto punto autocomplacientes, si se toma en cuenta que venían muchas veces de asentados franceses e italianos que se daban el lujo de pensarse por encima del fenómeno. Sin embargo, ¿estas calles que recorro, no resultarían muy parecidas a esas construcciones de lo turístico, cuando los originales, Venecia en este caso, se han convertido en víctimas de sus imágenes hipercopiadas? Tanto el exceso, como

la falta de mirada y discurso, crean la condición invisible. (Dos invisibilidades: la del exceso de imágenes y la de su ausencia. En ambos casos estamos ante problemas de óptica, es decir, ante problemas teóricos que establecen las fronteras de la realidad.)

El mundo avanza hacia la exclusión del acto de mirar. El que mira con entrega (el fotógrafo, por ejemplo) se da cuenta de que progresivamente se van perdiendo los grises y los ojos se cierran. Al final quedarán como polos, extremos en un registro predeterminado, Venecia y Ruanda, la presuntuosa belleza y el vacío horror, y estas imágenes sin dinámica, que se resumen en un eterno presente digital, constituirán lo invisible. (El que una de sus manifestaciones sea muy rentable para los agentes de viaje y la otra no, es un detalle que poco contrarresta la creciente tiranía de una mirada agotada que encuentra, lo que otro impone, en todas partes.)

Vi en la vitrina de una librería la traducción al veneciano de *La Ilíada*. La separación entre el habla de la región y el idioma italiano, su pretensión al menos, constituye una búsqueda de visibilidad. En Venecia también (así es en muchas partes, pues ésta es una de las características de la invisibilidad) la gente sufre *por ser de allí*, por vivir este momento histórico, después de que otro venció e impuso sus nombres y maneras. La relación entre el texto, la visibilidad y la invisibilidad se presta al delirio. Es más, no hay forma de que sea de otra manera, porque como lo demuestra el discurso visible de lo canónico, se trata justamente de convertir el desvarío en normalidad. No conozco lo suficiente el caso veneciano como para emitir una opinión, pero en esa vitrina están los que no se ven, inventando sus lecturas de los clásicos *para que los vean* en una paridad de condiciones (en este caso con el italiano, el francés, etc.), que difícilmente en un futuro, aun lejano, les será concedida.

Los domingos, en la Salizada S. Moise, cerca de la Plaza San Marco, por tanto a un paso del centro turístico de Venecia, se ubican docenas de inmigrantes africanos con copias de carteras de diseñadores. Aquí se pueden encontrar a una fracción del precio de los originales, las réplicas hechas en miserables talleres asiáticos de los carísimos Louis Vuitton, Chanel, Prada, Dolce e Gabbana, etc. La selección de la calle por los vendedores, que ponen sus mercancías uno junto a otro sobre el empedrado, en un cuadrado de tela blanca, no es gratuita. Los domingos, cuando las tiendas están cerradas, tienen a su espalda las vitrinas con las creaciones originales de los diseñadores más prestigiosos del mundo. Pues la Salizada S. Moise es la calle de la moda en Venecia y por aquí pasará, en los días útiles, la gran aristocracia internacional del dinero y masas de turistas de otras especies económicas, que se preguntarán, si a la hora de la hora, no es mejor esperar a la copia de

los domingos. Y asimismo ocurre con las máscaras de carnaval, los trabajos en cristal, los colores «venecianos» que alguna vez parecieron originales y estuvieron vivos.

Al poco de regresar al hotel, después de pasar el día por las calles de Venecia, escucho una emisora que pone música en italiano. Son una serie de viejos éxitos que estoy seguro de haber escuchado en sus versiones castellanas, hace dos décadas o más, viajando por España. Me figuro, además, que algunas de estas viejas canciones se grabaron primero en inglés, en Estados Unidos, Gran Bretaña o incluso Suecia. Las melodías, que no tienen otro atractivo que el de su facilidad, me devuelven a la avanzada adolescencia y la primera juventud. Como casi todos los jóvenes, tuve una aguda consciencia de las imágenes. La juventud es la época más idólatra de la vida y la idolatría no es sino la creencia en la función extrarrepresentativa de la imagen. Es una extensión de la fe religiosa y, por ende, una manifestación de una trascendencia fallida. Poco a poco se va perdiendo la fe, pues se descubre que las imágenes, contrario a lo supuesto, están vacías. Sin embargo, su adelgazamiento, su aproximación con sospecha, es también una debilitación de la vida. Los días devienen un estómago enfermizo que ya no puede recibir cualquier cosa.

Desconfiar de la imagen significa renunciar al mundo. Esta renuncia puede ser muy amplia en ciertos individuos, dirigiendo sus vidas a la contemplación de la obsolescencia de una realidad recubierta de perniciosos clisés. Así nos constituimos en testigos de un ocaso inmóvil. Ni siquiera la noche que no llega —esa otra imagen del fin— es ya digna de nuestra confianza ciega.

Me topo en Venecia (pero están en todos los lugares célebres del imaginario de Occidente, prácticamente sin hacer diferencias, orgullosos de haber llegado y pisado las mismas piedras que incontables personajes célebres) con los acumuladores de ciudades, con los plusmarquistas de monumentos. Poco importa si se trata de Praga, Egipto o Buenos Aires. Lo crucial es haber dedicado unos minutos a la comprobación de la existencia de la Gran Pirámide o la tumba de Gardel. Lo que importa es que la luz de estos sitios haya penetrado por el cristalino de sus bolas oculares y que por unos minutos comprueben lo evidente: que eso que habían visto tantas veces (en reportajes, libros, etc.) continúa en su lugar. Sus profundidades son del tipo: «Nunca lo imaginé tan grande (o tan pequeño)» y con frecuencia renuncian a cualquier desarrollo posterior, porque las palabras faltan ante tales magnificencias. Resulta fácil encontrarlos, a estos incansables exploradores de lo sabido. Aparecen sin falta por las mañanas en los comedores, dispuestos a devorar los desayunos, incluidos en la tarifa del hotel. Por donde

quiera que pasan, el mundo se empobrece. Éstos son los que también han destruido Venecia. Para ellos vive la ciudad desde que decidió venderse.

Hoy camino del Lido vi desde la laguna, más allá de los jardines de la Bienal, la ciudad que tanto he recorrido a pie. Por primera vez también, el *vaporetto* no iba lleno de turistas. El día había tenido la gracia de amanecer nublado y el cielo evitaba que la ciudad fuera una nueva tarjeta postal.

Este cielo de nubes sin lluvia, sin anuncio de tormenta, no corresponde a las imágenes habituales de la ciudad, no es turístico ni memorable y, sin embargo, permite que Venecia se vea, que vuelva a ser la ciudad de gentes que pertenecen a un lugar.

Fui a encontrarme con la directora del programa cultural que me ha contratado, en su hotel cercano a la *Ferrovía*. Allí me informó de los ataques de esta mañana en el transporte público de Londres. Una de las explosiones ocurrió entre las estaciones de King's Cross y Russel Square. Éstas eran las que teníamos más cerca y visitábamos a diario, cuando estábamos allí no hace todavía una semana.

La directora y yo estamos encargados de dirigir las visitas culturales en Londres, Venecia y Madrid de un grupo de estudiantes de derecho, en un viaje de estudio de una universidad puertorriqueña. Cada mañana, aproximadamente a la hora del atentado, entrábamos o al menos caminábamos por la calle de estas estaciones.

La coincidencia de lugar y tiempo en relación a nuestra rutina, da qué pensar. Muy bien nos podía haber tocado a nosotros, si bien uno sabe que todo atentado es imprevisible. La barbarie se puede manifestar en cualquier sitio, sin anuncio, sin ni siquiera, para muchas víctimas, conciencia del final.

Le contaba a la directora que la imagen que conservo con más fuerza del 11 de septiembre no pertenece al desplome de las torres ni a los acontecimientos de los días inmediatos al atentado. Ésta proviene de unas semanas más tarde. Un reportaje mostraba en televisión cómo los equipos de béisbol de Nueva York invitaban a los huérfanos a visitar sus parques, pasando la tarde en compañía de los jugadores. Los niños, cubiertos de regalos, gorras y camisetas del equipo, bolas autografiadas, parecían contentos, incluso radiantes. El reportero entrevistaba a una madre que agradecía el gesto a los directivos y luego preguntaba a su hijo, que podría tener entre ocho y diez años, las típicas banalidades que se escuchan en el noticiero de las cinco de la tarde: si le gustó la visita, cuál era su jugador favorito, etc. El muchacho responde con soltura, sonriendo siempre. El reportero decide hacer una pregunta más y pregunta por su padre. Poco a poco los televidentes vamos viendo cómo

mo el niño se rompe en pedazos. No se piense que hablo metafóricamente. Un desgarrar que viene de dentro y alcanza todo. El niño baja momentáneamente la vista y luego enfrenta la cámara.

Está haciendo un gran esfuerzo por hablar, pero ese día, quién sabe hasta cuándo, no podrá decir una palabra. Es el silencio que nada ni nadie podrán colmar, aplacar o consolar. Un silencio que es además nuestro dolor, insignificante en comparación con el de él, al verlo y recordarlo para siempre. Ese silencio, capaz de situar en un segundo plano la espectacular venida abajo de las torres.

Esto ya ha pasado, pasa en este instante, en Londres. ¿Cuántos han sido condenados a un silencio que no puede colmar el dolor?

El terrorista se enfrenta la visibilidad máxima: las grandes ciudades, los grandes eventos. No es, como resulta evidente, una casualidad que se atacaran unos de los edificios más altos y simbólicos del mundo y el Pentágono, el centro de mayor poder militar. Ésta es la lógica cuando se ataca a Occidente: convertirlo en abstracción simbólica, es decir, en el motor de las desgracias del mundo. No debe olvidarse además que el terrorista lucha también por adquirir una visibilidad al menos equiparable a la de un Occidente al que hace responsable por haberlo hecho invisible. Y esta invisibilidad puede doler hasta el punto de convertirse en patología.

Osama Bin Laden y sus cercanos colaboradores o, más bien, las fisionomías borrosas de sus videos y fotos transmitidas por las cadenas noticiosas del mundo, se han convertido en unas de las imágenes más reconocidas del planeta. No ha habido ni habrá probablemente una figura de mando en el mundo islámico que pueda acercarse a esta visibilidad. Esto es ya prueba patente del éxito de sus acciones. De hecho, éste es su «tope», pues ningún acto de terror alterará el dominio de Occidente. Puede ser costoso, modificar sus estrategias geopolíticas, provocar guerras engorrosas, pero está claro que su poderío militar y económico no está amenazado por el terror. Inmerso en el clandestinaje, el terrorista, ese gran perverso, pretende ser conocido por todos. Su exhibicionismo no se centra en su cuerpo sino en una identidad (nacional, religiosa, lingüística, etc.) que la invisibilidad a la que lo ha sometido Occidente ha convertido en la Causa.

El terrorista busca anular la historia. Pretende imbuir al más amplio público posible con la noción de que el mundo debería ser de otra manera y que en esta nueva configuración, su nacionalidad, cultura, lengua, etc. debería estar incluida en la descripción más sucinta de la realidad.

La ubicuidad de la foto borrosa del terrorista es el punto álgido de sus acciones. Su carrera no se diferencia sustancialmente de la de las